

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Pues señor, nada: no puedo demostrar que soy neutral. No me lo permiten los de uno y otro bando.

Recibo, por término medio, dos o tres cartas diarias, que me piden estrecha cuenta de mi modo de ver, y sobre todo, de mi neutralidad. Quieren, exigen que me decida. Al vado o a la puente. Por Alemania o por los aliados. ¡Ni que yo fuese Italia!

Yo sencillamente ejercía de cronista, y de cronista español, que no quiere meterse en enredos internacionales. Un día, un comentario; otro, otro; siempre sin apasionamiento. Hoy me obligan a que vuelva sobre mí, a que me defina. Y mi definición, sincera y leal, hela aquí.

¿En qué consiste la neutralidad? A mi ver, en no ayudar a unos ni a otros; pero nunca podrá consistir en no compadecerlos a todos. Y yo compadezco a cuantos pueblos están cogidos en el formidable engranaje de la guerra, a cuantos sufren su yugo de hierro. Hombres y mujeres son, y su dolor tal vez más hondo de lo que podemos imaginarnos.

La neutralidad ¿también consiste en no desear que triunfen éstos ni aquéllos? No. Yo, desde luego, deseo que triunfe quien más convenga a España. Sólo que no sé quién será. El tiempo rasgará la cortina.

La neutralidad ¿impide que experimentemos una simpatía mayor hacia éstos o aquéllos? Tampoco me lo figuro. Esto de la simpatía es algo personalísimo, algo misterioso. Dimana de un sin fin de cosas. Yo, por quien experimento simpatía, es por Francia. Toda mi vida leí y hasta escribí muy fácilmente en francés; siempre que pude, residí en París. He defendido a Francia de acusaciones rigurosas, no siempre en armonía con la realidad. Afirmé que en Francia había honradez, y cariños familiares, y hogares unidos, y moralidad privada, y mucho arte, y laboriosidad extrema, y economía, y mil virtudes. No hay más que leer mi novela *La Quimera*, y mi libro *Cuarenta días en la Exposición*, y mi cuento *En Babilonia*, y muchas páginas más de mis escritos.

Esta simpatía constante no va en detrimento de mi neutralidad, en el presente grave caso.

Lo gracioso del asunto es que muchos de mis corresponsales no admiten que yo sepa lo que soy. Lo saben mejor ellos. Suponen que oculto mi germanofilia bajo un velo o careta francófila.

Pregunto: ¿por qué he de ocultar nada? La suerte me ha hecho independiente. Mi pluma no se halla adscrita a partidos, bandos ni empresas. Es libre, y lo ha demostrado bravamente en cien ocasiones. Tal vez, si de algo he adolecido, es de no velar mis ideas ni mis juicios, lo cual no dejó de acarrear algunas desazones. Cuando volví de París, en 1899, después de mi conferencia en la Salle Charras, no faltaba quien quisiese lincharme. Ningún interés me sujeta. Las mujeres no podemos sentarnos en el Congreso, ni ser «de los de don Fulano o don Mengano.» Por eso no faltó quien me llamase, en otros días, «la Capitana Verdades».

Claro es que aquí, en España, nadie duda de esto. Nadie me toma por espía de los germanos, ni por agente de los ingleses. Aquí nos conocemos y estamos en el secreto todos. Pero en América, y a larga distancia, cualquier invención puede prosperar.

Una de las más originales es la que hace pocos días llegó a mi conocimiento. Según ella, yo defendiendo a los alemanes de un modo disimulado (¡disimuladísimo!) porque ha sido herida mi vanidad al excluirme de Palacio S. M. la Reina Victoria debido a que yo era del bando de la Reina Cristina, la cual urde intrigas en favor de Austria. Y yo era del bando de la Reina Cristina porque esta señora me dió el título que llevo.

Ya lo saben ustedes. No hay más que un pequeño

error en esta fábula. La Reina Cristina no me dió título alguno; el que uso me lo concedió el Rey Alfonso XIII; y la Reina Victoria me distinguió, poco ha, con la Banda de María Luisa.

De suerte que, por aquí, flaqueó la inventiva de los novelistas de Ultramar. El que lea allá la novela, no concibiendo que la verdad se falsee tanto, pensará que yo soy o fui algún duende de la camarilla. No he sido excluida de Palacio, ni incluida tampoco; mi relación con las Reales personas se ha limitado a respetuosas peticiones de audiencia, una o dos veces al año. Por lo mismo que no tengo nada de palatina, puedo decir más alto que hay otra suposición calumniosa en toda esta patraña mal urdida. Y es el atribuir a las dos Reinas disensiones y manejos que no existen. Por el hecho de que D.^a Cristina naciese en Austria, y en Inglaterra D.^a Victoria, aunque ambas son españolas hoy, y tienen en España sus hondos afectos, y hasta (mirado de un modo más burdo), sus legítimos intereses, es natural que piensen en los hermanos y sobrinos que están peleando, expuestos a la muerte, que ya arrebató al joven príncipe Mauricio de Battenberg. No por eso dejan de vivir en la mejor armonía las dos damas. Lo que harán será llorar abrazadas alguna vez. Lo que harán será pedir a Dios, como pedimos todos, que la guerra se acabe presto. Habría que no conocer a la dulce Reina joven, a la prudente Reina madre, para suponer que existiesen esas rencillas y esas violentas predilecciones hacia un país u otro. Novela, y novela tosca, a lo Fernández y González.

A pesar de venir de América las misivas que me piden estrecha cuenta de mi criterio, yo supongo que, en países tan cultos como la Argentina, las opiniones serán respetadas. ¿Y quién puede formularlas concretamente? Yo estoy leyendo a Hanotaux, y este escritor famoso, en el prólogo de su *Historia de la guerra de 1914*, reconoce que no es el momento de escribir imparcialmente, pues no se sabe lo que pasa, no hay horizontes, y nada se distingue en la lejanía. Y si un hombre que por tantos estilos puede estar bien informado reconoce esta verdad, mal pudiéramos nosotros meter nuestra cucharada.

A veces, las necesidades de la crónica obligan a hacer consideraciones acerca de éste o aquél aspecto del conflicto; pero yo no me lanzo nunca sin reservas múltiples, sin vacilaciones involuntarias. De esta moderación no me saca nadie. Así como lord Kitchener entiende que la guerra empezará en Abril, yo supongo que su conocimiento exacto principiará dentro de dos lustros.

En estos últimos tiempos me he aficionado mucho a la historia, a una historia superior a las pasiones del momento. ¿Existe, se me preguntará, esa historia? Sí, existe; pero hay que entresacarla de los libros, porque tal vez en ninguno se la pueda encontrar entera. La comparación de los hechos, la reflexión sobre sus causas, dictan, al que quiere acercarse a la verdad, un juicio claro. Nunca, sin embargo, se leerá una página histórica que lleve al ánimo un convencimiento absoluto. Hanotaux tal vez se funde en esto, cuando asegura que hay que escribir de las cosas mientras suceden, porque luego se borran sus contornos. No lo dice con las mismas frases, pero me parece que es lo que quiere expresar.

En efecto, lo habréis notado. A veces es difícil saber qué pasó la víspera en vuestra casa, en vuestra calle: cada cual lo refiere de diverso modo. El misterio, que rodea nuestra vida por todas partes, se extiende hasta a los hechos. Y no hablemos de la interpretación de esos hechos mismos. Tantas versiones como personas.

Por mi parte, voy teniendo cada día más cuidado con las afirmaciones, cuando no poseo datos que no dejen lugar a duda. ¡En aquello que me toca de cerca he visto y leído tantos errores! Y el caso es que he practicado el criterio de no rectificarlos, en lo cual no sé si hice mal o bien. Porque la gente no está obligada a ponerse a estudiar para saber de mí, y naturalmente acepta lo que le dicen.

Va pareciéndome ahora que ciertas cosas, de las que tienen rectificación facilísima, se deben rectificar. Hace pocos años, en un periódico de gran circulación de España, dijo un escritor que mi *San Francisco de Asís* era un mero plagio de la obra del mismo título publicada por el profesor Sabatier. Bien sencillo me fué contestar que había un inconveniente para el caso, y es que mi libro vió la luz más de diez años antes. La cronología es un testigo irrecusable...

En fin, salgamos de estas menudencias, y pasemos a otras...

En Madrid, estos días, se han echado a la calle señoritas de mantilla blanca, de blancos zapatitos, que se pasean arriba y abajo por las aceras, a pretexto de que a Cristo le crucificaron y, en memoria

de tal suceso, las iglesias están encendidas y abiertas toda la tarde.

Qué tengan que ver el zapatito blanco, la mantilla y los claveles, con las sagradas reminiscencias de la Semana Santa, no lo acierto: sé que en Madrid así fué siempre. Antaño, la tarde del Jueves Santo se consideraba de gala, y las mujeres, mejor dicho las señoras, tocadas con la gran toalla de encaje catalán, o con la de casco, o la de madroños, salían a lucirse por la carrera de San Jerónimo, oyendo piropos y agudezas. Calzaban de raso, y entre las cabelleras rubias o negras jugaba un lazo del color del traje. Como no se permitía que anduviesen coches, los piecitos sufrían. Pero nadie faltaba a la Carrera, y el Viernes Santo repetíase el paseo, sólo que con trajes de riguroso luto.

Hoy no se ve una cara conocida entre las que ostentan la mantilla blanca el Jueves. Muchas graciosas chulas salen con el mantón de Manila todo recamado de colorines. Las damas copetudas reniegan del antiguo hábito.

Lo elegante es irse, en Semana Santa, de la villa y corte. A Sevilla, a Murcia, a Granada, a Toledo, hasta a San Sebastián... Y mucho también al campo. El que posee una finca en los alrededores de Madrid, en ella se agazapa. Vacaciones de primavera.

De todas las Semanas Santas, acaso sea la de Madrid la menos suntuosa y pintoresca. Alguna procesión, alguna efigie notable, y las solemnidades de Palacio, son lo que al viajero pudiera atraer. Pero lo de Palacio es siempre difícil; hay apreturas, hay que ir muy temprano, para coger buen sitio. Este año, hasta se suprimió la ceremonia del Lavatorio. Era en extremo atractiva: los Reyes, por su mano, lavaban y secaban los pies a venticuatro mendigos, y después les servían la comida, ayudados por damas y gentileshombres. Los pobrecillos invitados no comían, es cierto, pero se llevaban, para revenderla, la magnífica cesta colmada de empanadas de salmón, trozos de mero, lenguados, besugos, y qué sé yo cuántas golosinas y frutas. Además, se les regalaba un traje nuevo, una capa, ropa blanca, pañuelos, chisteras. Este año, lo repito, los regalos fueron iguales, pero no se verificó la ceremonia. Y no se verificó porque no se podía reunir a los representantes de los diversos países en guerra. Ni cabía prescindir de invitar al cuerpo diplomático ni juntarle...

¡Inesperado efecto de la interminable «conflagración!»

Las ventanas se han guarnecido de palmas. No sé si esta costumbre existe más que en tierra española. No recuerdo haber visto en otros países la palma en el balcón. En Madrid, el Domingo de Ramos es día muy alegre, muy pintoresco, entre las palmas y el tomillico. Hasta los caballos de los simones llevan su retazo de palma entre las orejas.

Quizás toda esta alegría no sea sino la primavera, que viene, algo retrasada, algo agria; pero, al fin, remozadora. No en balde los frutales se han cubierto de nieve de pétalos, prometedores del sazonado fruto. No en balde los jardines comienzan a esmaltarse, a revivir.

Son los tulipanes, vestidos de púrpura y oro, como reyes; son las anémonas, las lilas frioleras, las primulas semejantes a borlas y rosetas de seda recortada. Los rosales se limitan a brotar, pero reservan para mayo sus tesoros. Las camelias aun mantienen sus cálices de cera: las azaleas están cubiertas, por completo, de flor, rosa, carne, amarilla, granate obscuro, blanca, como de batista... Los rododendros principian a erguir sus capullos. Los pensamientos alzan sus caritas curiosas.

Y recordamos lo que ha sucedido con la afición a las flores. Hubo épocas en que una camelia costaba cuatro duros, por la rareza. Hoy Madrid está lleno de casas de floristas y de depósitos de semillas. Y las cestas de flores, y los jarros con claveles, y las plantas verdes - araucarias, palmeras, aspidistrias, helechos -, son el regalo más corriente en los días de «fiesta onomástica», como se dice, o de santo, como se debe decir, a mi parecer.

En el extranjero, se ha puesto muy de moda el adornar los balcones con flores y plantas. Conste que, en eso, les habíamos precedido. Siempre estuvieron enramadas las rejas y florecidos los balcones en España. Claveles, jazmines, mosquetas, capuchinas, hortensias, albahacas, han desplegado su linda decoración en nuestras fachadas, antes que pensase Paquín en adornar la suya, en la archisúper elegante calle de la Paz, en París...

Y ahora los alemanes van a convertir sus balcones en huertos, a cultivar verduras, en vez de flores... ¡A que, por haber recogido este rasgo de aprovechamiento más bien triste, voy a recibir alguna misiva tratándome de aliadófo!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.